

LORENZO TOUS *

EL P. LUIS ALONSO SCHÖKEL Y LA ESPIRITUALIDAD BÍBLICA

NOTA PRELIMINAR

Después de terminar este artículo digo al lector el talante con que lo he escrito con el fin de estar en mutua sintonía. Ojalá el P. Luis Alonso Schökel, como buen músico que era, no perciba estridencias. Afinando pues ideas y sentimientos, me he atrevido a sacar breves temas de su grandiosa sinfonía, interpretados desde mi poca pericia, con el fin de que el lector sienta ganas de leer íntegramente el texto del maestro y escuche el eco que produzca en su espíritu.

Nuestro autor escribió 91 libros y 294 artículos sobre la Palabra de Dios casi todos ellos. No puedo pretender recorrer todo su vastísimo horizonte; conscientemente prescindo de sus grandes comentarios a Profetas y Salmos dada su extensión y variedad. Quedan para otra pluma. Sólo ofrezco unas muestras, muy breves, que presento a mi manera, con la intención de que en el lector aumente el apetito de saborear tanta doctrina y tan bellamente expuesta por nuestro autor, a la que aplicaría las palabras de su profeta preferido: «Venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde» (Is 55,1).

* Sacerdote mallorquín y profesor de Sagrada Escritura en el Centro de Estudios Teológicos de Mallorca.

1. EL HOMBRE QUE LUCHÓ CON DIOS

«Soy inocente; no me importa la vida... Dios acaba con inocentes y culpables.» Estas palabras de Job (9,21-22) describen los sentimientos y la fe del hombre que experimenta la oscuridad y la impotencia ante el misterio de Dios. Son palabras de rabia, «el se burla de la desgracia del inocente; deja la tierra en poder de los malvados y venda los ojos a sus gobernantes» (9,23-24). Son al mismo tiempo la expresión de una extraordinaria valentía, conseguida a costa de mucho e intenso dolor. La acumulación de desgracias y enfermedades, el silencio del cielo, el tiempo y sus largas reflexiones han conducido a Job al supremo atrevimiento de enfrentarse con Dios.

El valor del patriarca destaca aún más por el contraste con los discursos y razonamientos de sus tres amigos Elifaz de Temán, Bildad de Suj y Sofar de Naamat. Estos representan la tradición sobre Dios y sobre el hombre; son teóricos y pretenden tener la clave que interpreta los hechos; dan consejos a Job desde su seguridad, sin querer enterarse de la inutilidad de sus razones a la hora de responder a los planteamientos del enfermo. Éste habla desde su dramática vivencia personal, aquellos universalizan y no están dispuestos a perder su seguridad mental. Job, en cambio, lo ha perdido todo quedándose desnudo, enfermo y herido en su alma.

Job liberado a la fuerza de toda seguridad, aprovecha su desnudez total para atreverse con Dios, saltándose la tradición representada por sus amigos. La seguridad impide el crecimiento o la lucha; el dolor en cambio estimula la mente y libera.

No todo es malo en los amigos de Job. «Al enterarse de la desgracia que había sufrido, salieron de su lugar y se reunieron para ir a compartir su pena y consolarlo. Cuando le vieron a distancia, no lo reconocían y rompieron a llorar; se rasgaron el manto, echaron polvo sobre la cabeza, hacia el cielo y se quedaron con él, sentados en el suelo, siete días con sus noches, sin decirle una palabra, viendo lo atroz de su sufrimiento» (2,11-13).

Esta actitud empática y solidaria de sus amigos, daba más credibilidad a la doctrina tradicional expuesta por ellos. Cuando Job comienza su proceso de crecimiento en búsqueda de Dios, la conducta coherente de sus amigos actuará de freno, aunque no conseguirá detenerle, porque podrá más el impulso del dolor en su cuerpo y el ansia de coherencia en su mente.

Antes de decidirse a romper con la concepción tradicional, tendrá que sufrir mucho más. A los dolores corporales llevados en soledad, se añadirá la zozobra interior entre la falsa seguridad de la concepción tradicional y la incierta solución de cualquier planteamiento nuevo.

Los amigos, en representación de la opinión común que pretende estar avalada por el mismo Dios, se fundamentan en la experiencia y la reflexión de innumerables generaciones. ¿Quién se atreverá a dudar de tanta sabiduría aprobada por el mismo Dios? Job, en nombre de otros muchos atrapados en el mismo trance por sus propias experiencias vitales.

Job se propone luchar primero con los hombres, antes de atreverse con Dios. Desmantela sus posiciones alegando que también él tiene su experiencia, tan válida como la de otro cualquiera y que no tiene explicación convincente desde la tradición. Se codea con sus amigos al pretender éstos ser los abogados de Dios y mensajeros de su verdad. También Job pretende proclamar los misterios de Dios, libre de convencionalismos y desde otros paradigmas. Es más, al presentar a Dios desde otra alternativa, desenmascara los intereses de sus amigos, ya que éstos, al pretender defender la verdad de Dios, de hecho están preservando sus propias seguridades.

«Yo sólo he visto a los que aran maldad y siembran miseria, cosecharlas» (4, 8). Estas palabras de Elifaz de Temán sientan el fundamento de la tesis tradicional sobre la retribución. Bildad de Suj las corrobora con estas afirmaciones: «¿Puede Dios torcer el derecho o el Todopoderoso torcer la justicia? Si tus hijos pecaron contra él, ya los entregó en poder de sus delitos... si te conservas puro y recto, el velará por ti» (8, 3-4, 6).

Ante tan clásicas razones sobre Dios y su justicia, perfectamente hilvanadas por los amigos, Job es un argumento viviente que destruye su lógica, pues siendo inocente, sufre un castigo espantoso. Aquellas teorías tradicionales no resuelven el problema de Job. Si es inocente y él lo proclama desde lo más hondo de su conciencia, no debería ser castigado; no obstante sufre toda clase de enfermedades y desgracias.

En esta contraposición de maneras de pensar aparece una vez más el problema entre teoría y práctica, entre lo nuevo y lo viejo. Si la tensión entre ambos extremos siempre será intensa cada vez que la teoría pretenda formulaciones definitivas, mucho más viva será esta tensión cuando entre la teoría y la práctica se mueva la experiencia de Dios. Del Inefable sólo sabemos mientras le buscamos. Nosotros, los que hemos recibido la Palabra que nos lo ha dado a conocer, jugamos con gran ven-

taja respecto de Job y sus amigos, pero aún así la salvación de Dios en la historia y la fe en Jesús Resucitado tiene grandes preguntas y retos de difícil respuesta. Job, en su búsqueda de Dios, sigue siendo de gran actualidad. Necesitamos su valentía para atrevernos a pensar algo nuevo, aunque nos cueste una fuerte pelea con los sucedáneos de Dios o los ídolos que de él llevamos dentro¹.

2. EL DIOS DE LA PROMESA

El encuentro con Dios marca al hombre. Jacob se alejaba de su casa, huyendo de la persecución de su hermano Esaú, en busca del amparo de su tío Labán. Sus pasos le arrancaban de sus raíces, hacia un futuro desconocido. Se iba adentrando en la soledad y no podía volver los ojos hacia atrás. Una noche su bajada hacia el riesgo quedó iluminada sorprendentemente desde lo alto por una presencia que le repitió la promesa hecha a sus padres. «La tierra en que yaces te la daré a ti y a tu descendencia» (Gen 28,13).

El contenido de esta promesa transparenta el rostro del Dios de Abraham. Es un Dios sorprendente y gratuito, cercano al hombre y a toda la humanidad, generoso, que no negocia sus dones sino que los regala. Nada le pide a Jacob, sólo le asegura un futuro espléndido. El cielo bajó a la tierra y al colmarla de sus dones, la soledad se pobló y la historia se convirtió en sagrada. Hay esperanza, no podemos negarla después de estos hechos.

Jacob acaba de vivir su primer encuentro con Dios, al que en adelante todo quedará referido, aunque la Presencia desaparezca y no le ahorre las dificultades. La paciencia y la esperanza se nutren de la ausencia, de modo que las pruebas estimulan su crecimiento.

Jacob unguirá con aceite la piedra que señalará para siempre un hito sagrado, para que su recuerdo sea memorial de salvación y encuentro de sus descendientes con el único Dios. Betel, casa de Dios y puerta del cielo; puerta por la que se sube y baja, se entra y sale. La comunicación final y plena nos llegará por el Hijo, la Palabra, quien nos hará contemplar mayores cosas aún (Jn 1, 51).

El misterio coincide con lo más real y rutinario de la ruta humana. No tiene el hombre la clave de acceso al misterio sino que tiene que es-

¹ ALONSO SCHÖKEL, L., *Job*, Madrid 1983, p. 206.

perar la revelación del mismo. «¿Quién es digno de abrir el rollo soltando sus sellos? Nadie en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra». (Ap 5, 2-3).

Contemplando este pasaje de la vida de Jacob podemos decir que el ser humano peregrina por la historia acompañado misteriosamente por su Hacedor. Entre la conciencia y la distracción, envuelto por sueños y realidades, un hilo conductor guía la criatura hacia su Hacedor. El desierto con su soledad, las crisis resultantes de las nuevas culturas, la grandeza de Dios que quiere encarnarse en la pequeñez humana provocan el conflicto transcendental que sólo la fe y el amor pueden resolver. El sueño de Jacob en Betel concentra este misterio salvador. No es extraño que despertase espantado y abierto ya para siempre a la vida en crecimiento y libertad².

3. CUERPO A CUERPO (Gn 32,25-33)

Al avanzar en el conocimiento de Dios, gracias a su Palabra, van disipándose los fantasmas que desfiguraban su rostro y ocultaban horizontes más vastos y bellos. La ansiosa búsqueda de la luz, tan suspirada por el peregrino de la fe, crece paralela con el adentrarse en los misterios del ser, del obrar y del tiempo.

Si el creyente puede definirse como tierra habitada, tierra que tiene marido (Is 62, 4), es normal que cuando menos lo espera, se le manifieste la Presencia, siempre gratuita, aunque deseada y preparada desde muy antiguo. Se juntan el misterio de Dios con la pequeña capacidad humana, de donde resulta necesariamente una presión violenta, como una agresión avasalladora reivindicando su derecho a estar en su casa.

«Canta de gozo, la estéril que no daba a luz; rompe a cantar de júbilo... porque la abandonada tendrá más hijos que la casada... ensancha el espacio de tu tienda, despliega sin miedo tus lonas, alarga tus cuerdas.... porque te extenderás a derecha e izquierda, tu estirpe heredará naciones y poblará ciudades desiertas» (Is 54,1-4).

Todo ser humano se resiste a entrar en el canon de lo divino, dada su finitud; al mismo tiempo ansia trascenderse a impulsos del Creador que lo marcó con su firma de artista.

Ángeles asisten de testigos al encuentro, mientras la noche prepara la aurora del nuevo mundo. Entre tinieblas se enzarzan los conten-

² ALONSO SCHÖKEL, L., *Piantata in terra, toccava il cielo*, Roma 1993, pp. 25-29, y *¿Dónde está tu hermano?*, Valencia 1985, pp. 147-153.

dientes, sin llegar a un acople que prepare una victoria clara de una de las dos partes. Ambas buscan lo mismo, inasequible por fuerza ontológica, ya que lo divino busca salvar lo humano poseyéndolo y éste, pequeño e ignorante, no sabe cómo abandonársele y darle cabida.

Este forcejeo liberador que acerca el hombre a Dios, centro de su plenitud, se expresa dramáticamente en esta escena de la vida de Jacob.

El patriarca ya poseía la sabiduría adquirida por sus muchos años en casa de Laban, luchando por conseguir su amada Raquel y acrecentando la hacienda. Esperando que los años habrían calmado la justa indignación de su hermano Esaú, emprendió el viaje de retorno hacia la casa paterna con toda su numerosa familia y sus ganados.

Al cruzar el límite de su patria, busca la soledad en la noche como para tomar conciencia del momento y recoge energía para el dudoso y deseado encuentro.

En este trance le sorprende el misterio de otro encuentro que marcará su vida. Un personaje que oculta su nombre se le revela en una lucha desigual. Sorprendentemente Jacob gana un cambio de nombre, sin esperarlo ni desearlo, cuyo precio será andar cojeando hacia su meta. Jacob queda herido en su libertad de movimientos. Aun así el desenlace será maravilloso, aunque por ahora seguirá en la duda y el temor de su hermano.

Sin saberlo, Jacob ha crecido en la noche de su soledad, hacia una misión de la que antes no era consciente. En su proceso personal se van uniendo experiencias, la de Betel con la del Yaboc, hacia nuevos horizontes. Lentamente, de hito en hito, Jacob va descubriendo su identidad que en parte le es regalada y en parte tiene que ir conquistando. ¿Es realmente libre?³.

4. MOISÉS, LIBERADOR Y LIBERADO

El caudillo de la liberación de Israel descubrió su misión escuchando la voz de Dios ante la zarza ardiente. El fuego ha sido signo de la cercanía de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El agua, la nube, el huracán o la brisa también acompañan la revelación del Inefable.

³ ALONSO SCHÖKEL, L., *Biblia del Peregrino*, Edición de estudio, Bilbao-Estella 1998, tomo I, p. 121, y *¿Dónde está tu hermano?*, Valencia 1985, pp. 201-211.

Moisés, ya había librado en su juventud su batalla particular a favor de la liberación (Ex 2,11-15); la sangre que hervía en su corazón ante la opresión de sus hermanos de raza, le empujó a arriesgar sus privilegios de corte y defender al esclavo. Como no había recibido aún la misión de Dios, fracasó en su intento. Tampoco fue coherente hasta el final pues huyó de la persecución consiguiente y se estableció en la comodidad del desierto, lejos de la ira del faraón.

Ahora, sorprendido por el fuego de la zarza y la voz misteriosa, Moisés recibirá su vocación (Ex 3,1-4, 17), la que llevará a plenitud su personalidad, capitaneando el éxodo de los israelitas hacia la Tierra Prometida.

Conviene ir delimitando las etapas de esta misión tanto en la evolución personal de Moisés como en el camino del pueblo hacia su identidad, su encuentro con Dios y su asentamiento en la tierra que mana leche y miel.

4.1. ANTE LA ZARZA

La curiosidad y la sorpresa rompen el ritmo de lo cotidiano y la soledad del desierto. Comparece lo desconocido, el Dios gratuito, sensible a la opresión del pueblo. Conoce a Moisés e inicia El un diálogo que es la presentación de un proyecto. Moisés se ha olvidado de sus deseos juveniles de libertad, el desierto le ha encerrado en sí mismo, lo cual le impide entrar de lleno en la onda liberadora de Dios.

Moisés se defiende en su comodidad con toda clase de excusas a las que Dios responde con paciencia. Respeta el ritmo del futuro liberador que va liberándose de sí mismo al ardor de la zarza que no se consume, símbolo del amor. Amor y zarza cuyas llamas el Greco pintó de blanco en sus cuadros de la Anunciación.

Mientras Moisés defiende plaza a plaza su castillo, Dios le va desvelando más y más su intimidad, hasta le revela su nombre. Contraste paradójico entre la pobreza y la riqueza, entre el egoísmo y el amor. Finalmente vence el amor y Moisés se entrega con fe y obediencia a Dios y a su misión.

4.2. EN CAMINO

«Yo estoy contigo» (Ex 3,12) es la experiencia fundamental en todo el camino de Moisés a solas y con su pueblo. Tal compañía está curiosa-

mente rodeada de constantes dificultades, no sólo por la oposición poderosa del faraón sino también a causa de la ignorancia del pueblo.

La liberación conlleva rupturas con sistemas de vida y antiguos valores; exige afrontar riesgos e intemperies; su enemigo es la seguridad. Sin la confianza que inspira el que ya experimentó la libertad y la transmite hasta sin pretenderlo, un esclavo no se enteraría de sus opresiones ni decidirá salir de ellas. El liberado es liberador, pero sólo él. Moisés fue liberado por Dios, por eso ahora puede iniciar la liberación de su pueblo.

Moisés avanza seguro porque Dios está con él. Más fuerte que el faraón y más resistente que las reticencias del pueblo es la fortaleza de Dios. Sin embargo el pueblo sólo sabe que desde que Moisés le está hablando de liberación, han comenzado nuevos problemas que recrudecen la dureza de sus trabajos (Ex 5,4-21). Paso a paso Moisés va resolviendo cada nueva situación preguntando a Dios la respuesta. Las dificultades son testimonio y signo de la compañía de Dios en el proceso liberador.

4.3. LAS DIFICULTADES

Los puntos difíciles del camino merecen una atención especial ya que se transforma en hitos fundamentales del conocimiento de Dios y de su proyecto liberador. Este es concreto e inmerso en la historia y en todas sus vertientes. Se desarrolla y se manifiesta en el entramado social y humano del día a día, donde confluyen los intereses y pasiones de los hombres junto con sus debilidades, ansias y errores. El poder y la ignorancia, la violencia con la mentira, la sorpresa y la aparente casualidad forman un itinerario largo y complicado a lo largo del cual Dios lleva adelante su proyecto. Moisés es pieza clave siempre en manos de Dios que le conduce y le asesora en todo.

El Mar Rojo, el hambre y la sed fueron los tres principales obstáculos al plan de Dios que pusieron a prueba la confianza del pueblo y demostraron la fidelidad de Moisés.

En cada caso late la pregunta de fondo: «¿Está o no está con nosotros el Señor?» (Ex 17,7). La duda surge ante la magnitud de la dificultad y la impotencia que siente el pueblo para resolverla. Dudas e impotencia que degeneran en quejas y protestas contra Moisés, el cual recurre a Dios y da testimonio de confianza probada: «Esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás» (Ex 14,13). «¡Ojalá hu-

biéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos!» (Ex 16,3).

La superación de los obstáculos a la liberación nunca está en el pasado tentador, ni en el futuro que se desconoce. Apretado por todos lados, el peregrino hacia la Tierra Prometida sólo puede esperar de lo alto la respuesta; arriba está Dios que conduce y acompaña a su pueblo entre signos de su presencia, como la nube oportuna y fiel. Cada dificultad es una lección de confianza que Moisés repite pero que el pueblo no aprende.

Este pueblo de dura cerviz puso a prueba la paciencia de su Dios (Nm 14,11-21). Cuando parecía que la sentencia estaba dictada, Moisés, haciendo un alarde de madurez y de fidelidad a su pueblo, consigue revocar la sentencia mortal. Es el mismo que ante la zarza tardó tanto en aceptar su misión. Ahora ya es un hombre probado.

4.4. LA ALIANZA

En el Sinaí se estipula una alianza que da ser a la comunidad como pueblo del Señor. Moisés es el personaje clave entre Dios y su pueblo; presenta en forma de pacto entre un soberano y su vasallo los valores fundamentales sobre los que fundar la alianza; el sacrificio posterior a la aceptación del pueblo, comunión sellada en sangre, ratificará el pacto.

Poco tiempo después la idolatría corromperá el pacto y Moisés romperá las tablas; es la primera corrupción de la alianza. Con el tiempo aquellos valores fundamentales, expresión de la voluntad de Dios de unirse con su pueblo, se convertirán en ley que suple al mismo Dios al que oculta y cuyo acceso detiene.

Esta será la corrupción definitiva y total de la experiencia de Dios de la que Jesús nos liberará, como explica San Pablo a los Gálatas.

La experiencia del amor de Dios junto con la de la debilidad de su pueblo condujeron a Moisés hacia su plenitud. Conocido el amor, el pecado y la misericordia, sólo aspira a tener un más profundo conocimiento de Dios, «Entonces él pidió: - Enséñame tu gloria» (Ex 33,18). Dios accede en parte, verá su persona, pero en una experiencia intensísima, indirecta y fugaz. Centro de esta experiencia son estas palabras: «El Señor pasó ante él proclamando: el Señor, el Señor, el Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel, que conserva la misericordia hasta la milésima generación, que perdona culpas, delitos y pecados» (Ex 34,6-7).

La revelación que Dios hace de si mismo a su mejor amigo en un encuentro excepcional y definitivo, es el amor que ante la infidelidad y el pecado se transforma en misericordia entrañable.

Resumiendo los rasgos de Moisés y derivándolos al camino de la libertad, podemos afirmar que el Éxodo es un tratado de liberación social y personal. Dios, afectado por la opresión de sus hijos, busca un liberador al que primero libera y luego envía a liberar. Lo acompaña y dirige durante todo el largo camino; lo defiende y lo provee en todo. Cada vez busca más la unión con su pueblo en proceso de liberación; sobre todo le perdona y permanece fiel al proyecto inicial a pesar de las infidelidades del pueblo.

Moisés evoluciona desde su comodidad y egoísmo hasta la entrega total a su misión y a su pueblo; es fuerte y tenaz ante los enemigos. Confía en Dios en las dificultades hasta alcanzar un conocimiento de Dios altísimo, fruto de su experiencia y de la gracia de Dios. Acepta su muerte a las puertas de la Tierra Prometida y cede su responsabilidad a su sucesor. Muere en paz, dejando su misión cumplida⁴.

5. LA PALABRA, MISTERIO Y RIQUEZA

Al comentar aspectos de espiritualidad desde la obra del P. Luis Alonso Schökel, necesariamente hemos de dedicar un tiempo a la palabra. Porque ella, en minúscula y en mayúscula, fue el centro y la meta de toda su actividad. En nuestro maestro se ensamblan lo humano y lo divino del lenguaje como tema fundamental de su investigación y sus escritos.

Al heredar la cátedra sobre la inspiración en el Pontificio Instituto Bíblico, la que durante tantos años había ocupado el venerable P. Agustín Bea, acometió la gran tarea pendiente en esta materia: sacar el tratado del callejón sin salida en el que estaba. Fruto de este esfuerzo es su obra *La palabra inspirada*, Barcelona 1966, con sus tres ediciones, traducida mercedamente al inglés, italiano, alemán, francés, polaco y portugués.

La preparación literaria del autor hizo posible abrir nuevas perspectivas al tratado. Dicho con sus mismas palabras: «el tema es la palabra,

⁴ ALONSO SCHÖKEL L., BIBLIA DEL PEREGRINO, tomo I, Bilbao-Estella 1996, pp. 162-163; 182-183; 191: 300. Notas, y *La misión de Moisés*, Santander 1989. Id., *Esperanza. Meditaciones bíblicas para la Tercera Edad*, Santander 1991, pp. 149-153.

más bien que la inspiración; es decir, el artículo de fe "habló por los profetas..." he aquí la línea de este ensayo: la capacidad humana radical de hablar» (p. 9). Después de esta obra ya nadie podrá hablar de la inspiración como antes. Las consecuencias del nuevo planteamiento se consolidaron aun más en sus *Comentarios a la Dei Verbum*, Madrid 1969. La riqueza que de este libro se ha derivado para la investigación, la exégesis y la contemplación de la Palabra de Dios es inmensa.

Dicho esto, quiero hacer constar la sensación de impotencia que me limita ante esta obra colosal y un cierto rubor que me invade al pretender acercarme a ella. Mi amor al maestro excusará mi atrevimiento y su benevolencia probada me autorizará.

Situémonos en terrenos de espiritualidad, ante Dios, recordando «la capacidad humana radical de hablar» que espera en silencio ante el misterio (Job), que balbucea ocultando su cobardía (Jeremías) o que se defiende con picardía en arameo y salva la vida de Pablo de las garras de una multitud enfurecida (He 21,40 ss.).

Será muy útil recordar y tomar conciencia de cuan actuales son estas reacciones. En los salmos se cantan lamentos y glorias de la comunidad o del creyente hasta tal profundidad que la comunidad apostólica se sirvió de algunos para expresar el mensaje, la muerte y la glorificación del Hijo. El Espíritu les guiaba hacia la verdad plena desde los albores de la salvación anunciada en Nazaret. Este mismo Espíritu alienta la Iglesia en la inteligencia de la Palabra consagrando así la Tradición, tal como expresó en el Concilio Vaticano II Mons. Néophytos Edelby, en aquella intervención tan comentada por nuestro maestro. *Comentarios a la Dei Verbum*, p. 676.

El Espíritu reúne en la unidad de la salvación los gérmenes de vida que Dios Padre esparce en el mundo y en la historia. La vida de tan remotos orígenes es nombrada al fin por Adán y Eva. Adán impone nombre a cada ser emulando al Creador. Al regalarle Dios compañera a su medida, se funda en el mundo la relación personal que subyace en el misterio de la comunicación; en ella la palabra recibe su contexto, su país y su dignidad. La creación alcanza su zenit desde el que irradiará luz sobre toda realidad e historia.

El Verbo, segundo Adán, sumergiéndose en nuestra historia al asumir naturaleza humana, sufre sus vaivenes y al mismo tiempo le da rumbo, mapa y energía nueva. Desde el, exegeta del Padre, la Palabra recibe nueva dignidad y posibilidades infinitas.

No obstante, esta sublimación no prescinde de su anterior fenomenología. La Palabra cuenta con la palabra en toda su extensión y pro-

fundidad, sólo que amplía tanto sus ecos que en ellos, por la acción del Espíritu, nos llega el amor y la presencia de Dios.

En la Resurrección de Jesús la comunicación de Dios al hombre alcanza su punto más elevado y profundo. Los testigos privilegiados que estrenaron la experiencia, limitados por los márgenes del humano lenguaje, se sintieron desbordados por el ímpetu del Espíritu Resucitador e inundaron la historia con su mensaje. Éste, vinculado a una cultura y tiempo concretos, apeló con naturalidad al recurso del símbolo por el que la densidad tupida de la experiencia raja el techo humano del lenguaje y deja entrever más de cerca el misterioso firmamento de lo divino. Los místicos, los poetas, los sabios, los ancianos y los artistas conocen la belleza del lenguaje humano cuando las experiencias cumbres del ser humano rompen el silencio y necesitan expresarse, ser proclamadas y contagiar de belleza y profundidad el mundo. Para que el oyente o lector de tales palabras se asome también al firmamento del misterio, tendrá que situarse en la misma óptica o zona del que las proclama, de modo que al establecerse la sintonía, un espíritu creador sugerirá energía unitiva y transformante por la que el pobre ser humano se supera a sí mismo y se atreve a ser admitido en coloquio con Dios, aunque sea todavía entre visillos.

Los autores de los salmos, tan penetrados y expuestos por nuestro maestro, conocen tales vivencias. Según la comunidad apostólica Jesús echó mano de ellos en momentos clave de su vida mortal. También el P. Alonso Schökel poco antes de morir pidió que le leyesen el salmo 31. «Me he vuelto un cacharro inútil... pero yo confío en ti, Señor, digo: Tú eres mi Dios.» El maestro se unía a Jesús agonizante y al mártir Esteban, «en tus manos encomiendo mí espíritu». Terminado el salmo, acabó su agonía y entró en la eternidad. Final bien merecido y última lección que nos daba nuestro querido padre Luis Alonso Schökel. Descanse en la paz de Dios. *Releyendo su comentario a este salmo*, Salmos, tomo I, Estella 1992, pp. 476-492, alaba uno a Dios por tanta sabiduría acumulada en estos dos volúmenes y difundida a lo largo de una vida dedicada a la palabra.

Todavía añadamos un breve comentario a la palabra traducida porque así llega la Palabra a casi todos. Para la lengua castellana nuestro maestro fue embajador y testigo, al estilo de los profetas. Su aportación vastísima e innovadora le acredita como mensajero singular de nuestros tiempos. Tradujo, enseñó a traducir y formó escuela.

Este aspecto supone adentrarse primero en las lenguas originales para conocer y saborear su psicología propia para que la fidelidad del tra-

ductor no sólo sea en ideas y juicios sino también en sintonía y grado de expresividad o capacidad de comunicación y contagio.

Todos los cristianos somos traductores del Dios y Padre de Jesús. La fidelidad de la ortodoxia es insuficiente porque reduce a Dios a ideas en cohesión fundamentada. Falta la conducta al estilo de Jesús, exegeta de Dios, para acreditar como válido el testimonio que demos de Él.

6. PROVERBIOS Y LA ESPIRITUALIDAD DE LO REAL

El P. Luis Alonso Schökel se estrenó como profesor en el Instituto Bíblico de Roma explicando Proverbios a nuestro curso. Estas clases cuajaron muchos años más tarde en su comentario *Proverbios. Comentario teológico y literario*, Madrid 1984.

Son palabras escritas de nuestro maestro: «La teología de la Sabiduría es teología de la Creación. Es ajena, ciertamente, a la teología histórica de la elección, de la alianza, etc., pero es afín a la fe en Dios, creador del cielo y de la tierra y del hombre, creado para ser dueño de todas las criaturas... Los autores sagrados no conocen la dicotomía moderna de fe-razón, natural-sobrenatural, sino que el mundo y la historia, su mundo y su historia, los reconocen obra de Dios y lugar donde deben encontrarlo, o mejor, donde él se hace el encontradizo en la experiencia profunda del hombre»⁵.

Desde estos principios podemos hablar de la llamada «espiritualidad de lo real», que la Teología de la Liberación ha profundizado a impulsos de la dura situación de los pobres, interpretada como revelación y llamada de Dios⁶.

El sentido de la vida que el libro de los Proverbios va describiendo, es el fruto maduro de muchas generaciones. Sus formulaciones resumen y aprisionan una riquísima variedad de experiencias, que una vez filtradas y despersonalizadas por la repetición y el correr de los años, quedan contenidas todas en un proverbio. Son los guijarros del torrente de la historia, limados en sus aristas por el ímpetu de las corrientes y la tenacidad de las aguas que les transforma en cantos rodados, donde se encierra lo más duro de la primitiva piedra.

Al visitar un antiguo castillo o las ruinas de un yacimiento arqueológico, escuchamos el mensaje de las piedras que cuentan historias de

⁵ ALONSO SCHÖKEL, L., *Proverbios*, Madrid 1984, pp. 79 y 81.

⁶ ELLACURRIA I. - SOBRINO, *Misterium Liberationis*, Madrid 1990, t. II, pp. 452-459.

muchos hombres. Del mismo modo los proverbios están preñados de vitalidad y de realismo; jalonan la vida y el día a día; recurren en boca de los sabios por la edad y la experiencia. El centro de su mensaje siempre es el hombre, eterno alumno de la ciencia del vivir que sólo la experiencia enseña.

No busquemos en Proverbios el mensaje de una revelación positiva en todas sus páginas. La ausencia de tal explicitación, es también mensaje positivo: Dios está en todo lo real, es el Dios del hombre y de su historia.

Volviendo a la llamada «espiritualidad de lo real», sintonizamos con el mensaje de Proverbios, palabra inspirada, al decir que es en la realidad donde Dios nos cita. En ella Dios nos habla, nos interpela y nos salva como por un sacramento universal.

Prolongando el fondo de Proverbios, hay que determinar cómo hemos de vivir esta realidad para que accedamos a su sacramentalidad. Ante todo hay que conocer su verdad, o sea, debe escucharse sin defensas ni rebajas toda la información que ofrece.

La verdad de lo real busca un corazón libre y honrado donde depositar su semilla salvadora. En el evangelio sólo el Buen Samaritano se abrió a la realidad sin defensas. Aquí el inconsciente no evangelizado, puede justificar verdaderas aberraciones; de ahí la necesidad de tener el ojo limpio para que todo el cuerpo esté iluminado.

Aquí comienza el verdadero conocimiento, el que hace sabios, la experiencia personal que compromete, la que exige coherencia entre el pensar y el obrar. Cuando no hay honradez con lo real, la pretendida sabiduría es un conjunto teórico, coherente pero evadido e inútil para la auténtica salvación.

La correcta respuesta a lo real es la misericordia que está emparentada con la solidaridad del agnóstico y el buen humor del inteligente; pero la misericordia es aún mucho más.

La misericordia traduce al lenguaje de los hechos la esencia de Dios. Lo sabemos gracias al único que lo ha visto y nos lo ha dado a conocer con su mensaje y su conducta al lado de los excluidos de su tiempo⁷.

La realidad contiene la fuerza de Dios aun cuando está encajada en la debilidad o en el misterio de lo absurdo. Pero «la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1,25).

Así como la sabiduría se adquiere viviendo, la misericordia se aprende al lado de los pobres; ellos muestran el rostro de Dios y humanizan

⁷ CASTILLO, J. M.^a, *Los pobres y la Teología*, Bilbao 1998, pp. 102-108.

el corazón del que se les acerca. La sabiduría y la misericordia no se aprenden en los libros.

Esta misericordia es la justicia de Dios y la de sus hijos lo mismo que poner justicia entre los pueblos de la tierra igualando sus recursos, es la primera expresión del amor y la misericordia. San Pablo habla de la justicia de Dios que nos salva porque Dios es así de bueno ante la miseria del pecado. Dios es justo, tal es su misterio entrañable, pero no con la justicia de los hombres que pretende dar a cada uno lo suyo y compensar el delito equilibradamente, sino con la inundación de su misericordia sobre la historia. Dios es así y no pretendamos demostrar por qué; su amor es para ser contemplado y gozado, como la belleza.

Testigos de la misericordia sobre la realidad son los servicios que prestan los misericordiosos. Múltiples y de una gama infinita, siempre con humanidad entrañablemente afectada, con alegría y gratuidad, con acciones que buscan las causas de la opresión y la pobreza para atacarlas. De esta diaconía nos hablaba el P. Alonso un Jueves Santo como del octavo sacramento.

7. SOBRE EL AMOR

En el Antiguo Testamento el tratado sobre el amor es el Cantar de los Cantares. El P. Luis Alonso Schökel publicó su primera traducción y comentario en 1969 en la colección Los Libros Sagrados. En clases y conferencias pudimos escuchar su doctrina y sucesivos trabajos sobre el tema hasta su nueva traducción y amplio comentario en *El Cantar de los Cantares o La dignidad del amor*, Estella 1989, del que en 1993 aparecía la tercera edición. Se tradujo al italiano y al alemán. Realmente esta obra merece todavía nuevas ediciones y traducciones.

Del amor había hablado también en su *Antología de poesía bíblica hebrea*, Zaragoza 1992. Este libro fue editado por la Delegación Diocesana de Catequesis de Zaragoza en colaboración con la fundación Teresa de Jesús de esta ciudad. Es una edición muy lujosa, ilustrada, extraordinariamente bella, digna del contenido y de su autor.

En el comentario de 1989 nuestro autor libera el tema de una opresión evasiva que vaciaba el texto de su auténtico contenido. A lo largo de siglos los comentaristas no se habían atrevido a leer estos cantos de boda en su contexto humano real. Como si la palabra de Dios inspirada se contaminase con los gozos y fiestas del amor entre un hombre y una mujer, derivaban sus comentarios hacia el Divino Esposo, la Virgen Ma-

ría o la Iglesia, esposa de Cristo. Con ello hacían un triste favor a la revelación del rostro de Dios en la humanidad creada por Él. El amor quedaba vaciado de contenido humano y sublimado a unos niveles ajenos a la realidad y a la historia afectiva de los hombres y mujeres de este mundo.

De todos los numerosos libros y escritos del P. Alonso Schökel este es sin duda el más bello. La traducción puede considerarse como una de las más elaboradas por él. Los comentarios levantan el espíritu desde lo más profundo y hermoso de la relación entre un hombre y una mujer hasta la sublimidad de una belleza integral del cuerpo y del alma, del campo y la casa, los frutos, los olores, la danza, etc. El autor de *La formación del estilo*. Santander 1947, con cinco ediciones sucesivas y rehecho en *El estilo literario, arte y artesanía*. Bilbao 1995, hace alarde de maestro en el arte de escribir. Su traducción del *Cantar* es obra de orfebrería; sus comentarios tanto las ideas como el estilo y forma con que las ofrece son fuente abundante de placer y de belleza. La palabra humana del P. Alonso es digna mensajera de la palabra de Dios sobre el amor.

Al recorrer la doctrina y escritos de nuestro autor sobre el amor, no puede faltar su última aportación, *Símbolos matrimoniales en la Biblia*, Estella 1997. El mismo año se tradujo al italiano con un título sugerente, *I nomi dell'amore*. Con esta obra, fruto de su plena madurez, el P. Alonso amplía inmensamente el horizonte profundo que había abierto en su último comentario al *Cantar*.

En la situación actual del mundo y de la Iglesia esta doctrina ofrece las bases de un orden nuevo. En el mundo el amor ha quedado pospuesto por la economía y sus intereses.

En la iglesia latina la normativa sobre el celibato y la virginidad, (dejemos aquí la sexualidad en general) no parte de su fundamento bíblico, que es su identidad de carisma (1 Cor 7,7). De hecho han prevalecido las falsas ideas de San Pablo sobre el celibato; pues la parusía no es inminente, como creía el apóstol (1 Cor 7,29.31). La tribulación de la que se gloria en Rm 5,3-4; 1 Tes 1,6 y que considera normal para el cristiano 1 Tes 3,3, al tratarse de «tribulación en la carne» Pablo la considera con otra medida: «tendrán que cargar con penalidades corporales, y yo quiero ahorráros las» (1 Cor 7,28). Como si las tribulaciones pudiesen evitarse o fuesen motivo para cambiar de estado o criterio de discernimiento a la hora de elegirlo.

El otro motivo aducido por Pablo en 1 Cor 7,34, que el casarse divide el corazón entre Dios y el cónyuge, tampoco se sostiene; la verdad

es todo lo contrario, los esposos manifiestan el amor de Dios amándose y en su mutua fidelidad y amor aman y son fieles a Dios y a su vocación.

Jesús fundamentó con toda claridad el tema (Mt 19,12). Cuando la Iglesia se ha salido de este principio pretendiendo universalizar lo que es carisma, se ha producido una falsa visión del conjunto de las vocaciones en la iglesia y se ha pagado un alto precio de mentira, de dolor y de falta de madurez humana.

Para reconducir las cosas al orden establecido por Jesús y por los orígenes de la iglesia apostólica, necesitamos asentar con solidez sobre la Palabra de Dios la conversión personal y los cambios estructurales.

Cuando místicos como S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Ávila hablan de la unión con Dios, se sirven de imágenes matrimoniales; sin embargo, eran célibes. ¿Por qué se sublima el matrimonio como un recurso literario en la espiritualidad? El amor que llaman humano, vivido desde su normal profundidad ¿no sirve para alcanzar la unión con Dios de la que hablan los místicos?

La dicotomía introducida por una mentalidad despectiva del cuerpo, ha favorecido una espiritualidad desencarnada, reducida a «consagrados», ajena o inaccesible a los laicos aunque el mismo bautismo les haya consagrado a todos.

Sería una infusión de aire primaveral si las puertas de la espiritualidad estuvieran de verdad abiertas a esta inmensa mayoría de cristianos adultos que viven su fe en el mundo y la familia sin tener que buscar en otros campos las fuentes de su vida espiritual. Hasta que de hecho se quite la separación doctrinal entre dos clases de consagrados, seguirán las dificultades para conseguir una iglesia de auténtica comunión, plenamente abierta al Espíritu para salvación del mundo presente.

Las tres obras del P. Alonso Schökel que hemos citado son un rico arsenal de materiales que pueden contribuir eficazmente a un cambio de situación.

CONCLUSIÓN

En el año 1991 el P. Luis Alonso Schökel tenía setenta años. Fruto maduro de su entrada consciente en la última etapa de su vida, publicó *Esperanza. Meditaciones bíblicas para la Tercera Edad*, Santander 1991. Este libro se tradujo al italiano, al portugués y al inglés. En esta obra comenta treinta y cinco salmos seleccionados, once personajes de Antiguo

y Nuevo Testamento y termina con comentarios bíblicos a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

Su producción exegética continúa con obras tan importantes como el Diccionario Bíblico hebreo-español, iniciado el año anterior y la edición de estudio de la Biblia del Peregrino con sus tres tomos. Pero al mismo tiempo, desde su plenitud y su madurez de sabio, como «letrado experto en el reinado de Dios, saca de su alacena cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52).

Siguen desde entonces una nutrida serie de libros y artículos que acercan al gran público la riqueza inmensa de la Palabra de Dios. Conferencias, Ejercicios Espirituales, emisiones de Radio Vaticano y otras circunstancias son la ocasión de que se cumplan las palabras del Eclesiástico: «Yo salí como canal de un río y como acequia que riega un jardín. Dije: Regaré mi huerto y empaparé mis arriates, pero el canal se me hizo un río y el río se me hizo un lago» (Eclo 24,30-31).

De esta etapa cito las cinco obras que me parecen más importantes. *Mensajes de Profetas. Meditaciones bíblicas*, Santander 1991. *Dios Padre. Meditaciones bíblicas*, Santander 1994. *Contempladlo y quedareis radiantes. Salmos y ejercicios*, Santander 1996. «Como el Padre me envió, yo os envío», *Apostolado y Ejercicios Espirituales*, Santander 1997. Todas estas obras se tradujeron al italiano; la primera de ellas también a la lengua polaca. *Al aire del Espíritu*, Santander 1998 es su penúltima que sale a la luz el mismo año de su muerte.

Para nuestros tiempos de prisa publicó *100 máximas bíblicas. El hombre*, Bilbao 1997; *100 máximas bíblicas. Familia y sociedad*, Bilbao 1997. Son dos libros de bolsillo para leer de camino, como un pájaro picotea el alimento y sigue volando. Lo importante es sembrar, aunque la semilla sea diminuta. Ya crecerá.

Con todo este material el P. Alonso Schökel deja bien abastecida la despensa de la Iglesia para que ella alimente a sus hijos con el plato de la Palabra.